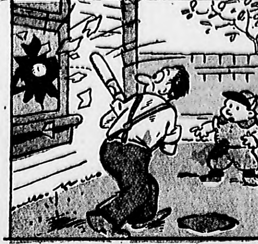
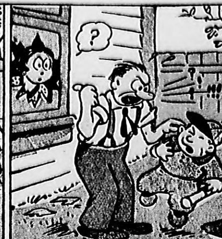
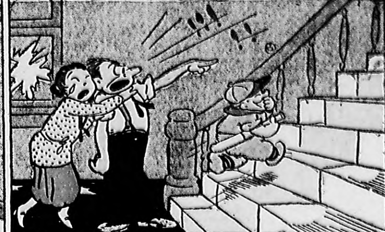
COLOR HISTORIETAS JORNADA COLOR PARA NIÑOS











LOS SOBRINOS DEL CAPITAN

Por R. DIRKS
CREADOR DE ESTA HISTORIETA











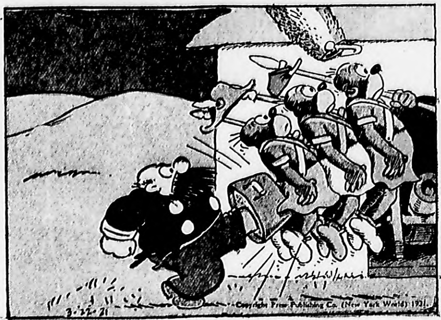














Las Tremendas Hazañas de Perucho



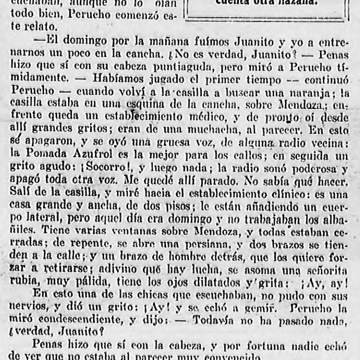
Perucho faltó dos días al colegio, y cuando el miércoles vino, traía la cara lastimada en la frente, un arañazo notable en la oreja, y no muy católico un ojo. Pero en vez de sentirse molesto de que los otros lo mirasen con sorna, se paseaba por el patio muy ufano, y solo, sin querer darse con nadie, al parecer.

Cuando entró en clase, fué derecho a la maestra y sacando una carta del bolsillo se la entregó; la maestra la leyó, lo contempló sonriendo, entre grave y burlona, y le dijo: "Sos un hombrecito, Perucho", y le dió una palmada amistosa en la mejilla. Perucho sacó pecho y metió las manos en el bolsillo, a lo guaranguito y contorneándose fué a ocupar su asiento. La maestra empezó la lección, y luego hizo pasar al pizarrón a Juanito Penas; el cual, a todo lo que le decía la maestra, agitaba su cabeza puntiaguda y no respondía nada; al fin, se puso a mover las rodillas flacas, como si le diese un temblor, y entrecerrando los ojos redondos que se le escapaban casi de la cara, se mostró tan asustado como ignorante: la maestra le reprendió, pero Juanito Penas movía esta vez con mayor vehemencia la cabeza; la maestra debió temer que se le volcase del todo y diese con la punta en el suelo; así fué que le reprendió, al fin, blandamente, que otra vez se enterara mejor de lo que ella explicaba, y dijo:

—Ahora verás cómo Perucho sabe la lección.

Perucho salió adelante, con paso firme; los otros notaron que tenía zapatos nuevos, por el chirrido, y eso les interesó más aún: algo extraordinario pasaba con Perucho; la maestra lo trataba de un modo especial. Perucho no supo la lección, pero torcía el gesto como quien está en el secreto, y miraba fijo a la maestra; la que lo explicó todo de nuevo, y Perucho decía que sí a todo, pues la maestra a cada paso exclamaba: ¿No es así, Perucho? Y Perucho volvió a su asiento, y fué clasificado primero, por haber dicho la maestra de nuevo la lección: este grande y repentino honor de Perucho, ¿a qué obedecía? Lo miraban con extrañeza; y Felipe, el de la cara triangular, con mentón en forma de tajamar, quería saber más ardientemente que los demás de qué se trataba. ¿Qué habría sido esa carta que trajo Perucho? Necesitaba saber el motivo de lo que sucedía, para poder envidiarlo y difamarlo. Pero la primera hora acabó, y salieron los chicos al patio, para el recreo. Y Perucho sólo hizo algunos gestos para consigo, luego llamó a Juanito, y le dijo: Penas, quedate conmigo. Pero Penas le dijo: No quiero, porque sos un mal amigo; no contás lo que te ha sucedido. Pero si vos lo sabés — exclamó Perucho — con tono imponente. Irguió la cabeza, tomó a Juanito del brazo, y con Penas, que estaba aún más caviloso, sin querer atender a nadie, se dió un espectacular paseo por el patio; gran expectativa de todos los muchachos; del otro lado de la fila de árboles, donde estaban las chicas, algunas también lo miraban, hablando por lo bajo entre ellas; una, rubia y de nariz respingada, dijo a las que la escuchaban: Perucho es un héroe. Todos se estremecieron, y a la distancia lo admiraron. Juanito Penas, si no vió tal cosa, se arrimó de tal suerte a Perucho, que ya le apretaba: parecía querer contagiarse por frotación con su gloria. Pero, ¿qué era ello? Perucho no soltaba prenda, hasta que uno grande, ancho, de ojos acuchillados y barrigoncito, el barrilito Marcos, vino y en nombre de los otros dijo: "No seguimos jugando si no decís lo que te pasa; y si nos tenés así a todos, ya no sos más nuestro amigo, y juramos por la bandera azul y blanca, que nunca te hablaremos; y cuando les quitemos las bolitas a los de la otra clase, no las repartiremos con vos, ni dejaremos que estés con nosotros." Era un ultimátum y Perucho lo entendió; prometió entonces que lo diría, pero en otra ocasión. Mas el "barrilito" Marcos porfió y Perucho, abriendo los brazos. con un gesto de resignado, dijo: "Ya que lo quieren saber, lo sabrán; pero después no digan que es mentira."

Pero en esto sonó la campana y volvieron a clase. A todos se les hizo eterna la hora; pero cuando volvieron al recreo, salieron atropellando, rodearon todos a Perucho, Penas se le apretó al brazo, sin querer soltarlo y en un rincón, que tocaba con la parte de las chicas, las que a dos pasos también escuchaban, aunque no lo oían todo bien, Perucho comenzó este relato.



—El domingo por la mañana fuímos Juanito y yo a entrenarnos un poco en la cancha. ¿No es verdad, Juanito? — Penas hizo que sí con su cabeza puntiaguda, pero miró a Perucho tímidamente. — Habíamos jugado el primer tiempo -- continuó Perucho — cuando volví a la casilla a buscar una naranja; la casilla estaba en una esquina de la cancha, sobre Mendoza; enfrente queda un establecimiento médico, y de pronto oí desde allí grandes gritos; eran de una muchacha, al parecer. En esto se apagaron, y se oyó una gruesa voz, de alguna radio vecina: la Pomada Azufrol es la mejor para los callos; en seguida un grito agudo: ¡Socorro!, y luego nada; la radio sonó poderosa y apagó toda otra voz. Me quedé allí parado. No sabía qué hacer. Salí de la casilla, y miré hacia el establecimiento clínico: es una casa grande y ancha, de dos pisos; le están añadiendo un cuerpo lateral, pero aquel día era domingo y no trabajaban los albañiles. Tiene varias ventanas sobre Mendoza, y todas estaban cerradas; de repente, se abre una persiana, y dos brazos se tienden a la calle; y un brazo de hombre detrás, que los quiere forzar a retirarse; adivino que hay lucha, se asoma una señorita rubia, muy pálida, tiene los ojos dilatados y grita: ¡Ay, ay!

En esto una de las chicas que escuchaban, no pudo con sus nervios, y dió un grito: ¡Ay! y se echó a gemir. Perucho la miró condescendiente, y dijo: — Todavía no ha pasado nada, ¿verdad, Juanito?

Penas hizo que sí con la cabeza, y por fortuna nadie echó de ver que no estaba al parecer muy convencido.

—Rápidamente—prosiguió Perucho—me vestí; volví los ojos hacia la cancha; en el momento Penas con un buen cabezazo entraba la pelota en el arco, y confiado en su eficacia, y en que era ya nuestro el triunfo, abandoné a mis camaradas, atravesé la calle, me metí por la parte donde están edificando, y subí por una escalerilla hasta el segundo travesaño de los albañiles; de allí me colé a un balcón de al lado, y espié por la persiana. Sí, ya veo que están ustedes impresionados. Pues todavía no hay nada. Hay que ver lo que viene. ¿Verdad, Juanito? — Juanito Penas ya no dijo nada. El mismo estaba desasosegado. — El balcón estaba entreabierto — prosiguió Perucho —, la persiana estaba sólo arrimada; la empujé, empecé a caminar por el cuarto, donde había una cama, una mesilla y dos sillones; pero ni un alma; salí a un pasillo, ¡nadie!; en puntas de pie, fuí caminando hacia un vestíbulo que se veía a un extremo; en esto, aparece una enfermera, me mira, me toma con fuerza de la mano, y me dice algo en inglés, no sé qué; o sería en alemán; no lo comprendí, pero le dije que sí; y sin saber lo que me iba a ocurrir, la seguí, porque entendí que no me quería soltar, y me pareció una cobardía agredir a una débil mujer; cuando entramos en el vestíbulo, asomó otra de ojos muy grandes, y le dijo a la que me llevaba: "Ya puede ir a dar el masaje", y se hizo cargo de mí, después de unas palabras de la primera. Pero me dejó sentado allí, sin preguntarme nada y se fué. Estaba yo allí sin saber cómo empezar mi pesquisa, cuando se abre una puerta, y sale un hombre de barba negra; grita con violencia, y por entre la puerta, se ve moverse en el cuarto una mujer que llora; se oyen sus sollozos; el hombre me ve, se detiene asombrado, vuelve a entrar, cierra golpeando con fuerza, y oigo los gritos angustiosos de la mujer, que dice: "No, no, por amor de Dios", y la voz tremebanda del hombre, que dice: "Lo voy a matar, lo voy a matar". Ya no me detengo; entiendo que se trata de un crimen, y lo debo impedir; doy un salto, corro hacia la primera escalera que veo al frente, doy un tropezón en la alfombra, y ruedo hacia abajo, llego así al piso primero, y echo por el suelo un florero, acude un enfermero, me alza en vilo, y me pone en la puerta con una bofetada; corro a la esquina, gritando: "Al asesino, al asesino" y topo con el vigilante; le digo: "Están matando a alguien en el sanatorio"; se ríe, y como yo insisto, me comunica que me vaya a mi casa; sale en esto del establecimiento un señor, y el enfermero con él, veo que me indica a mí, y el señor viene a nosotros; le dice al vigilante lo que he hecho allí, y el vigilante me toma del brazo, le juro que he querido salvar a una pobre mujer que asesinaban, pero no me hace caso; quiero escapar, y el enfermero me retiene, le muerdo la mano y me da un cachetazo, salgo a todo galope, pero el vigilante me alcanza, me lleva a la comisaría, y de allí mandan por mi mamá; sostengo que iban a matar a alguien en el sanatorio, y cuento al comisario lo que he visto y oído; el comisario se tira del bigote, y parece que quiere reírse; parece que está contentó de mi valentía; viene mi mamá, y viene también el señor del sanatorio, y el enfermero, que me denunció; y me



hacen confiar la razón de que me haya metido allá; yo les cuento la verdad, y se alegran mucho, porque todos se ríen a carcajadas; veo que he salvado la vida a la señora que lloraba. Viene el señor, que es el dueño del sanatorio, me promete que la va a proteger contra el hombre de la barba negra; mamá me da un abrazo, y el comisario me estrecha la mano; me dice que siga siempre tan valiente y arrojado. ¿No es verdad, Juanito? — concluye Perucho — ¿No estabas vos en la cancha de football el domingo por la mañana? Entonces es verdad lo que me ha pasado. Eso decía la carta de mi mamá a la maestra.

Sonó la campana, los chicos se metieron en clase; no sabían si mostrarse o no defraudados; las chicas estaban admiradas, y Perucho se mostraba muy ufano, aunque ya no tan seguro, desde que todos sabían de lo que se trataba. Juanito Penas, escéptico y callado, no dijo nada ante los otros; pero, aparte, le espetó:

—Perucho, ¿por qué sos tan macaneador?

Perucho lo contempló desdeñoso, y dijo: Todavía tengo un misterio.

En el siguiente Magazine Infantil se aclara el Misterio del hombre de la barba negra y Perucho cuenta otra hazaña.

★ ☆ ★ ☆ ★ ☆ ★ ☆ ★ ☆ ★ ☆ ★ ☆ ★ ☆ ★ ☆ ★ ☆

EL BAYO, EL MILITAR Y EL GITANO

En un pueblo tuvo lugar el siguiente caso verídico, anotado luego por un amigo de la casa.

Un oficial de caballería, un capitán, llegó a una posada. Un gitano, allí presente, que lo vió apearse del caballo, exclamó:

—¡Qué hermoso bayo el que está cabalgando su señoría!

—¿Le gusta, hermano Pedro? — preguntó el militar.

—Tanto — replicó el gitano — que estoy dispuesto a resistir cien azotes con tal de conseguirlo.

—¿Por qué cien — dijo el oficial, dando golpecitos con el látigo en sus botas, — si puedo obtenerlo sólo por cincuenta?

—¿Y no me lo dejaría en veinte y cinco? — inquirió el gitano.

—Sí, — replicó el oficial. — También podría darlo por quince y hasta por cinco, si Vd. se contenta con tantos.

Los presentes no llegaban a comprender si hablaban en serio o en broma. Entretanto el gitano, al oir al capitán decir: "consiento también por cinco", dijo para sus adentros:

—¿Acaso no acabo de resistir diez azotes en el municipio vecino sin haber sufrido mayores alteraciones?

—Señor, pronunció— luego en voz alta. — Usted es un militar; ¿me da su apalabra de oficial?

—¿No se fía de mi palabra?—exclamó el capitán. Si quiere, podemos hacerlo por escrito.

—Lo hubiera preferido—dijo el otro.

El militar mandó a buscar a un escribano, ordenándole hacer el siguiente documento:

"Si el que tiene en su poder este documento acepta del señor oficial, aquí presente, cinco recios golpes con un fuerte garrote, el susodicho militar le entregará, sin más cargo ni exigencias, en su plena propiedad, el bayo, que le pertenece. Firmado en tal lugar, tal fecha."

Después de haber guardado este documento en el bolsillo, el gitano se acostó en un banco y el oficial le propinó una soberana paliza con un bastón español.

—Oh, este sabe pegar mejor que el ordenanza de los tribunales—pensó el gitano, lanzando gemidos de dolor.

Entretanto el capitán se sentó tranquilamente a la mesa, y saboreando un chop de cerveza, mientras preguntó al castigado:

—¿Te gusta, hermano?

—Me guste o no—contestó el interpelado—déme los demás y estaré absuelto.

—Bueno—consintió el militar.

Acto seguido dió al hombre un golpe tan fuerte que el primero le pareció un simple juguete en comparación con este. Luego volvió a sentarse y a tomar su chop de cerveza.

De idéntica manera se portó dando el tercer y el cuarto azote. Después de haber recibido el cuarto garrotazo, el gitano dijo al oficial:

—No sé si tengo que agradecer a Su Señoría por haberme dado los golpes tan seguidos. En todo caso, déme ahora el último; así me libraré de una vez y el caballo sabrá quién es su dueño.

—Hijo, —replicó el militar,— puede esperar un largo rato el quinto palo.

Con estas palabras volvió a colocar a su lugar el bastón español, y, por más que se lo pidiera el hombre, no lo tocó más.

Los presentes estallaron en una risa tan estridente que parecía que la casa se iba a desplomar.

El gitano, indignado, fué a reclamar la ayuda del escribano, enseñándole el documento recién firmado. Pero el notario le contestó con la mayor calma del mundo:

—¿Qué quiere que le haga? Si el señor barón no quiere hacerlo por su propia voluntad, el documento no dice nada acerca de la posibilidad de obligarlo a hacer.

Para ser breves, diremos que el gitano aun está esperando el quinto garrotazo y el caballo.

Sin embargo, el amigo de casa no hubiera aprobado esta travesura del oficial, si el gitano no se hubiera ofrecido voluntariamente a sufrir el castigo.

Por el que se expone gustoso a recibir cinco azotes, con el único fin de ganar algo, merece recibir cuatro sin ningún provecho para sí. Un hombre jamás debe dejarse maltratar movido por la codicia.



¡QUE HERMOSO BAYO! — dijo el gitano. — Me dejaría dar cien azotes por tenerlo



EL GITANO pidió al escribano que obligase al militar a que le azotase por quinta vez

TRAVESURAS DE MICO

UN fuerte ruido se oyó desde el jardín, tanto que Mamá Mico, saliendo a la puerta, preguntó: Mico, Mico, ¿qué estás haciendo ahí?

Sólo estoy golpeando un pedazo de hierro, mamá, le contestó Mico, y el horrible ruido continuó.

Entonces Mamá Mico corrió al jardín y quitó de las manos de Mico un enorme martillo.

"¡No tienes nada que hacer?", le preguntó, "Ve a través de la finca y encarga una docena de huevos".

Mico se fué. Pero en el camino debía pasar un río y allí vió una bonita lancha a motor que estaba sobre la playa.

"Ajá", murmuró Mico, mirándola tristemente. "Cómo me gustaría correr en ella".

Miró alrededor esperando encontrar al hombre encargado de la lancha. Como tenía algunas monedas en el bolsillo y estaba en vacaciones, hubiera querido dar un paseo por una media hora. Pero no vió por ninguna parte al encargado del bote y, lo que es más, la caseta donde vivía estaba cerrada y con el candado puesto.

"Voy a tomarla fiado" pensó Mico "y cuando vuelva le pagaré".

En menos de un segundo desamarró la lancha, la empujó hacia el río y se metió en ella. El sabía cómo hacerla funcionar y se fué corriendo sobre el agua con gran satisfacción.

Pero, al dar una vuelta de un recodo del río se llevó un gran susto. Derecho hacia él corrió un gran bote de vela.

Mico trató de salir de la corriente pero no lo consiguió. Sintió un gran choque y cayó al fondo de su lancha saliendo del asiento.

¿Qué haces, pedazo de idiota?, oyó decir a una voz muy cerca.

Mico no tuvo fuerzas pará contestar; estaba paralizado de horror y sus ojos no se apartaban de un gran agujero que había hecho en los costados del barco de vela...

Este agujero le costó bastante al padre de Mico, pero a Mico... le costó algo más.



¿Qué hace pedazo de idiota?, oyó decir a una voz muy cerca.





LOS LIOS DE DEDALITO Y ESPAGUETI por SEGAR















El Tesoro de la Ciudad de los

Novela de aventuras, original del célebre escritor yanqui Milton Harvey, cuyos derechos de publicación en castellano han sido adquiridos con carácter exclusivo

---

I

LA CELADA

CONTRERAS PREPARA LA TRAMPA

—CONTRERAS, ¿estás seguro que los "amigos" vendrán esta noche?

—Sí, "Guapo". Supe anoche, por medio del indio Nahueliche, que el pequeño Jack había caído en poder de Resnek. Le envié entonces, al bandido, una carta, de parte de Jimmy el Peliencendido y de Eleonor, en la que le pedía clemencia, diciéndole que siempre que devolvieran al pequeño Jack, les prometía indicarles el lugar dónde se encuentra la Ciudad de los Césares y estoy seguro que esta noche el bandolero vendrá por aquí con su gente.

Los hombres del comisario de Nahuel Huapí y del Ñorquín se hallan agazapados por entre la arboleda. Los dos valientes, un poco alejados del grupo, conversan en voz baja, preparando el terreno para la batalla decisiva.

—¿Y qué contestó?

—Me mandó decir que aceptaba, pero haciendo notar que como fuera ello una trampa, el pequeño Jack pagaría con su vida.

—Nos jugamos, Contreras, una carta muy brava. Hay que preparar bien el terreno, para que la banda no se escape, y para que el pequeño Jack no sufra ningún daño.

II

ETHEL

ES UNA MUJER VALIENTE

EL auto en que Mr. Hudson, Henry Duvernois y su esposa Ethel, se dirigían rumbo a Nahuel Huapí, sufrió la primera 'panne" al salir de Zapala y por ello no era de extrañar que no llegara a destino. Los viajeros, en la soledad de la hermosa noche patagónica, agotaron los recursos, pero todo fué inútil, el motor se negaba a funcionar.

—Lo más conveniente, dijo Mr. Hudson, es pasar aquí la noche. No conviene aventurarse entre los bosques, primero porque es muy fácil equivocar el camino, y segundo, por las numerosas bandas de asaltantes que existen en esta zona.

El flamante y apócrifo Mr. Lionel Grave miró a Ethel, su bella esposa, interrogándole:

—¿Tienes miedo?

—Soy una mujer valiente y debo correr los mismos riesgos que mi marido, fué la contestación de ésta.

Mr. Hudson sacó de su valija tres pistolas de grueso calibre. Entregó una a Duvernois, otra a Ethel y guardóse la última en el bolsillo. Un hijo de esta pampa bravía e indómita ha dicho que las armas son necesarias, pero nunca se sabe cuándo. Hay necesidad de esperar cualquier peligro y debemos por ello precavernos. Y usted, sobre todo, señora, no gaste balas inútiles, pero no tenga miedo de disparar si es necesario.

La bella Ethel tomó el arma enérgicamente, colocó la provisión de balas en el cinto que le entregara el misterioso inquilino de la oficina 727 del edificio de la Gold Sidney y contestó con una sonrisa. Pero la esposa de Mr. Henry Duvernois ya demostraría que era una mujer valiente y que no necesitaba afirmar esa condición con palabras inútiles.

III

COMO CHORLITOS

CAYERON LOS PILLASTRES

—Jamesson, ¿estás seguro que conoces bien el camino? — interrogó Mr. Gordon Burke.

—Sí, jefe — respondió éste. — Estamos a cinco horas de Zapala y si logramos pasar por este lugar, sin que la policía nos moleste, espero que bien temprano llegaremos allí.

Los pillastres se dirigían a Zapala. La situación, había dicho Burke, era un poco delicada y convenía colocarse a la expectativa. Que la banda de Resnek y Jimmy el Peliencendido y sus amigos, se pelearan por el Tesoro; ya habría ocasión, después, de sacar buen partido de las circunstancias, cuando quedara solamente un solo adversario.

Hacía varias horas que caminaban. Charles y Dunn "El Conejo", traslucían visiblemente el cansancio, pero ello no fué inconveniente para que notaran que el camino parecía cortado por una luz potentísima. Sigilosamente, Charles, después de hacer señas a su compañero, atisbó en la lejanía.

—Son los faros de un automóvil o de un camión — dijo. — No puede ser gente de la policía, pues de lo contrario habrían apagado las luces. Será, quizá, algún infortunado viajante de comercio y no viene mal al caso, pues como conozco de mecánica, si el vehículo se halla detenido por haber sufrido algún desperfecto, podemos ponerlo en condiciones, alejar a sus ocupantes y marchar tranquilamente y sin cansancio hasta Zapala.

—Buena idea, musitó Mr. Gordon Burke.

La noche era espléndida, de una magnificencia propia de las pampas argentinas. La vegetación, sumamente frondosa, sombreaba el paisaje, que semejaba un cuadro suspendido en el espacio, pues los grandes árboles frutales que respaldaban el camino parecían perderse en el cielo, de un tinte azul maravilloso.

Los cuatro hombres prepararon el plan de ataque. Charles el Aristócrata y Dunn se internaron por entre la maleza, a la izquierda del camino, mientras Mr. Burke y Jamesson lo hacían por la derecha.

Casi a un mismo tiempo llegaron los hombres al lado del automóvil. En el interior del coche dos personas dormían.

—¡Arriba las manos! — gritó Jamesson, con voz estentórea. — ¡Qué nadie se mueva o es hombre muerto!

Los dos hombres que se encontraban en el interior del automóvil despertaron sobresaltados. Habían sido tomados de sorpresa y no intentaron por ello la más mínima resistencia.

—¡Hola, hola! — exclamó sorprendido Dunn "El Conejo". — Mira, Vitriolo, qué buena caza. ¡Duvernois en persona! ¿Te has afeitado la barbita? Qué desgracia, muchacho, librarte de la eléctrica, para venir a caer en nuestras manos. ¡Yo siempre he dicho que la bala de una buena pistola es más productiva y contiene más ciencia que la silla!

Se acercaron más hacia el automóvil y en en el mismo momento en que Jamesson intentaba abrir la puerta del coche, una bala certeramente dirigida le hacía saltar por el aire la pistola, mientras que una voz enérgica y de modulaciones argentinas gritaba en inglés:

—¡Al primero que se mueva le levanto la tapa de los sesos!

Tres detonaciones consecutivas. Un cuerpo, el de Dunn, que cae al suelo y una mujer que, pistola en mano, intima a los otros pillastres.

Los hombres alzaron automáticamente los brazos, al mismo tiempo que Mr. Hudson y Duvernois descendían del coche llegándose hasta el grupo de los bandidos.

Ethel, la valiente neoyorquina, la esposa del hombre que escapó de la silla eléctrica, había demostrado sus quilates. Los pillastres vinieron a caer como chorlitos.

—En nombre de la ley, desen presos — dijo Mr. Hudson, al mismo tiempo que esposaba a los bandidos.

Mr. Gordon Burke, antiguo subjefe de la Policía Montada del Norte, palideció y sólo atinó a preguntar: ¿Quién es usted?

Por toda contestación, Mr. Hudson señaló una medalla colocada en la parte interior del saco, en la que se podía leer: "William Davisson, Jefe de la Policía Secreta de los Estados Unidos".

IV

LA MUERTE

TE LIBRARA DE LA CARCEL

RESNECK y sus hombres van a caer en la celada. El bandido con su gente se dirige hacia el sitio que le indicara la falsa carta de Jimmy. Mientras tanto, los bravos muchachos de "El Guapo" y de Contreras se hallan listos.

Jack, el pequeño valiente, es conducido por los bandidos. Le han atado las manos y los pies para impedirle que escape, pero el niño que supo demostrar tantas veces su valor, espera sólo una oportunidad para intentar la huída.

Resnek le ha dicho: —Si tu padre nos intenta tender una celada, te mataremos; pero Jack confía en la voluntad divina y sabe que los brazos de su madre se alzan en esos momentos al cielo, pidiendo la ayuda de Dios.

Un indio se acerca al niño, y le dice misteriosamente, en un castellano imposible, que no tenga miedo. El pequeño Jack comprende que es amigo y que le salvará.

Continúan el camino los hombres de Resneck. Son como quince, gente reclutada entre el peor elemento contrabandista de la cordillera. Van montados en caballos.

Mientras tanto, "El Guapo" ha ordenado a su gente que se traslade como a unos doscientos metros más adelante del camino. La táctica a seguir para la caza de los bandidos, exige que no se les dé la más mínima oportunidad de escapar. Se halla en juego la vida de sus muchachos y la del pequeño Jack.

Un breve silencio y luego, lejano, el ruido de gente a caballo. "El Guapo" se prepara y espera, pero divisa a lo lejos a cinco jinetes, entre los que se destaca la figura soberbia de Joe Mc Lean, el ex sargento de la Policía Montada.

También éstos han avistado a la gente de "El Guapo". Vienen desde el rancho de Tucapel. Lonco-Luán, el indio, les ha dicho: "Pequeño Jack corre peligro".

Mi Dios me ha avisado anoche. Vayan a ver "Guapo", pero en seguida.

Y Jimmy el Peliencendido, Dick Mc Kenna y Joe Mc Lean han aprontado los caballos, pero el corazón de una madre ruega desesperadamente, diciendo: "¡Yo también quiero ir... Yo también quiero ir!...".

La pequeña caravana ha cruzado montes y enormes extensiones de pampa en dirección a Nahuel Huapí.

Pero los jinetes son cinco. Detrás de Mc Lean se ve una figura alta y esbelta, que cubre sus hombros con una capa. "El Guapo" se acerca y entonces se escucha una voz que dice por repetidas veces esta palabra: ¡Padre!

Como buena hija, Aluminé ha querido también intervenir en el entrevero. Ha visto cómo la gente de su padre y la de Contreras salían de la comisaría de Nahuel Huapí y los ha seguido. En el camino se ha encontrado con Jimmy, Joe, Dick Mc Kenna y Eleonor y ha engrosado la caravana.

Se resuelve entonces que las mujeres se coloquen detrás de la gente de Contreras, mientras Dick, Joe y Jimmy van a engrosar las filas de "El Guapo".

V

LA FUGA

RESNEK HERIDO HUYE

ESTA vez no se equivoca "El Guapo". Se ha tirado al suelo y con el oído contra el pasto escucha. Son muchos los jinetes. No hay duda, llegó la hora del baile.

Da las últimas instrucciones a la gente. Jimmy el Peliencendido vive en continua zozobra. ¿Qué será del pequeño Jack? Lo traerá de rehén Resnek. Lo peligroso de la empresa le hace temer a cada momento por la vida de su pequeño.

Y de pronto irrumpe en el camino la gente de Resnek. Como a unos veinte metros adelante, marcha el baqueano de la banda, un isleño. Hace de vanguardia y está alerta para el peligro.

Una sola palabra: ¡Fuego!... Veinte, treinta armas largas disparan sobre los bandidos, que huyen espantados. Muchos caen y otros mal heridos dejan que sus cabalgaduras los lleven en cualquier dirección. Algunos intentan rehacer las filas, pero entonces la gente de Contreras los copa por el frente y les obliga a entregarse.

Los cuerpos del chileno Leiva y de Bill el Patizambo se encuentran tirados a un costado del camino.

Se ha ganado la batalla. Resnek ha caído en la trampa como un corderillo. Se recoge a los bandidos heridos y Jimmy, enloquecido, llama al pequeño.

—¡Jack, Jack, mi pequeño Jack! ¿Dónde estás, hijo mío?

Y una madre también implora desesperadamente con el nombre de Jack en los labios. Se busca al pequeño por todas partes y no aparece. Tampoco se encuentra a Resnek. El bandido, de nuevo ha logrado fugar. Se ven rastros de sangre junto a las pisadas del caballo. Sin duda ha caído, pero ha logrado montar nuevamente y se ha alejado quién sabe dónde.

La angustia vive en los corazones de una madre y de un padre. Pero tanto Jimmy como Eleonor no deben padecer más. Un indio, Nahualiche, amigo del comisario Contreras, que se había introducido subrepticiamente entre la gente de Resnek, ha salvado al pequeño. Le ha cortado, antes de la lucha, las cuerdas que le ataban las manos y los pies y le ha dicho: "Huye". Y el valiente muchacho ha escapado de la batalla, internándose por entre las malezas y alejándose hacia los lagos.

VI

WILLIAN DAVISSON

TRAE UN PEQUEÑO TESORO

UN automóvil, con las cortinas bajas, se detiene frente al viejo local de madera de la comisaría de Nahuel Huapí. Apretujados van en el sitio del conductor dos hombres y una mujer. Los tres descienden del coche y uno de ellos, un poco canoso, alto, delgado, sosteniendo sobre su nariz corvar gruesos lentes de carey, se acerca al agente que se halla en la puerta, preguntando por "El Guapo".

—Dígale que Mr. William Davisson, de la policía de Nueva York, le trae de regalo un pequeño tesoro.

No hay necesidad de llamar a "El Guapo". Este se halla ya en la puerta y detrás de él asoma la cabeza de Contreras.

El jefe de la policía secreta de los Estados Unidos saluda a "El Guapo" y se presenta, haciendo lo propio con Mr. Grave y la bella Ethel, luego se dirige hacia el automóvil, abre la portezuela y saca el cuerpo de una persona.

—Comisario — dice, — le entrego el bandido que tanto buscaban. Lo encontré muerto en el camino.

El cuerpo de Resnek yace en el suelo. Presenta un aspecto desagradable. Lleno de sangre, semeja un pobre andrajo. No queda nada en él de su fiera apostura.

Sale gente del local de la comisaría. Jimmy, detrás de éste Dick Mc Kenna, luego Joe Mc Lean casi junto a Aluminé y por último una figura triste de mujer, que trata de ocultar las lágrimas.

William Davisson saluda familiarmente a Joe y a Dick, que le abrazan. Joe Mc. Lean le mira enternecido: —William Buxtingan, mi viejo compañero de la Montada — dice.

Sí — responde éste, — William Buxtingan, tu viejo compañero, o Mr. Hudson, con negocio equívoco de detective privado en el escritorio 727 del edificio de la Gold Sidney o William Davisson, jefe de la policía secreta dé Esta... compañe...

Saca ... volumin...



LOS HOMBRES DE RESNEK CAEN EN LA EMBOSCADA



"Si ella te quiere, hijo, que se haga su voluntad".

e los Césares

NO HAY DEUDA ★ ★ ★ ★ ★ ★ QUE NO SE PAGUE



udson, con ne-
ivado en el es-
Gold Sidney o
policía secreta

de Estados Unidos, pero siempre tu viejo compañero.

Saca del bolsillo del grueso perramus un voluminoso legajo, que entrega a Joe. Son los

planos del Tesoro de la Ciudad de los Césares.

—Aquí tienes, muchacho, para tí y para tus amigos, lo que les pertenece. Pero creo que no te servirán para nada, porque mira...

¡Las indicaciones habían sido completamente borradas de los planos!

CAPITULO FINAL

I

TUCAPEL

HALLARA AL PEQUEÑO JACK

TUCAPEL, el indio viejo, quiere ser cristiano. Está de cuclillas junto a Eleonor, que ruega ante un crucifijo, y le dice: —No llore. Yo quiero ser cristiano y pedir a Dios que Jack viva.

Ha venido a buscar a los hombres, que no se hallan en la casa, por cuanto han salido temprano para el lado de los lagos, en procura del rastro del pequeño Jack. Jimmy ha sondeado ya infinidad de veces las aguas, pero con resultado negativo. El pequeño no aparece y las huellas se pierden junto a una de las vertientes.

Pero Tucapel quiere ser cristiano y ha de ayudar a buscar el niño y a conseguir el Tesoro.

Vuelven los tres hombres. Inútiles han sido, otra vez, las investigaciones.

Tucapel, el viejo cacique, se acerca a Jimmy. Se arrodilla y dice: —Indio viejo, no ve casi, pero quiere ser cristiano y ha de encontrar a Jack. Vengan.

Y los guía hacia el lado de los lagos. Va arrastrándose por entre las malezas y al llegar cerca de una hondonada, que han producido las aguas, grita de gozo:

—¡Ya está. Ya está! ¡Pequeño Jack se halla en Ciudad de los Césares! ¡Vive!

Se internan en el lago, por un lugar que parecía impenetrable, pero que ocultaba un pequeño sendero, y caminan, por entre el agua, hasta llegar a la orilla opuesta. Luego tuercen hacia la derecha y se encuentran frente mismo a una pequeña depresión del terreno. Tucapel llama a Dick, a Jimmy y a Joe, para que se acerquen, y los hombres, estupefactos, ven cómo el indio, apartando las malezas, les señala una escalera rudamente construída que desciende hacia la obscuridad.

—¡Ciudad de los Césares — dice el indio. — Vamos a entrar en la Ciudad de los Césares! Por fin... Por fin...

II

JACK VIVE

PERO NO ESTA EL TESORO

TUCAPEL guía a los hombres por el subterráneo, cuyo fin no alcanzan a percibir los ojos. Las paredes se hallan completamente cubiertas por musgos y líquenes y del techo penden infinidad de raíces. En otras partes, la humedad ha descascarado completamente los muros, que se encuentra recubiertos por una especie de argamasa, y, al fin, los hombres llegan hasta una tapia formada por bloques de piedra. Tucapel se agacha y desaparece. Los tres amigos hacen lo mismo y se encuentran con otra escalera. Descienden de nuevo, diez, quince escalones y el pasaje se ensancha de golpe. Una luz tenue, que no se sabe de dónde viene, da a las cosas un tinte cristalino. Se ven a los costados de la galería pequeñas figuras de piedra, superpuestas al muro, y desparramados, con una conciencia simétrica, bloques enormes de mármol o granito, en los que se notan inscripciones indescifrables.

Tucapel explica. Son las tumbas de los jefes guerreros. El pasaje forma una curva y se divide luego en tres más reducidos. El viejo indio, sin titubear, penetra por el de la derecha.

Viene desde lejos, al oído de los tres amigos, una música suave. Una especie de marcha, algo así como el rodar de cosas frágiles. Se interrumpe la música y se escuchan pasos que repiten sobre el suelo, su apresuramiento. Se hacen más fuertes y por último, los hombres que se han recostado contra la pared, ven surgir a lo lejos, una pequeña figura.

Jimmy se abalanza. —¡Jack, mi querido hijo! ¿Estás salvo, pequeño?

El niño se echa en los brazos del padre, y le besa, y luego dice:

—Padre, Lonco-Luán se escapa con el Tesoro, hacia el precipicio.

III

LA CIUDAD

QUE NO VERAN MAS LOS OJOS

—APURARSE, apurarse — gime Tucapel. — Lonco-Luán, mi hijo, va a sepultar en el abismo su vida y el Tesoro. ¡Salvarlo, hay que salvarlo!

Los tres hombres, el viejo cacique y el niño, corren sin preocuparse de los inconvenientes del suelo. La luz se va haciendo más fuerte, tanto que hasta daña los ojos. Una nueva vuelta del pasaje y de repente la Ciuded de los Viejos Césares de América, de Culunantú, de Curiñancú, de Tupac-Amarú, de Indac-Cuán, de Koyantay, de los indómitos indios de la Patagonia, del Perú, del viejo Cuzco, luce en todo su esplendor su belleza magnética e irradiante, ante la vista de los viajeros asombrados.

Parece, en verdad, un sueño maravilloso y no la realidad. La ciudad es enorme. Se pierden los ojos molestos por la fuerte luz en la contemplación de la lejanía. Casas por todos lados, altas, bajas, de apenas un metro unas y otras de diez, quince, veinte metros. Todas sin puertas, algunas semidestruídas, las más en buen estado, pero siempre tan incomprensibles, tan irreales, que dan la sensación de ser casas de títeres. Los frentes se encuentran adornados con plumas de los más diversos matices, con inscripciones, dibujos. En cada frente, una figura estampada con un colorido chillón, en que los tonos más diversos se entrelazan.

Tucapel alza los brazos hacia lo alto, se inclina hasta tocar el suelo con la cabeza, y repite por tres veces la escena. Luego, toma del brazo a Joe y le arrastra hasta una de las viviendas.

Un sabor acre llena todo el ambiente. Entran a una sala enorme, del más puro estilo incaico. Las paredes reflejan los objetos que se hallan diseminados por todo el interior de la estancia. Unos zócalos, de piezas de piedras, de un color rojizo subido, que parece el color del fuego y empotrados en éstos, pequeños cofres de madera tallada, que tienen figuras esculpidas en gruesos troncos de árboles, ya casi petrificados. Arbustos, de una tonalidad semejante a la arcilla, cuyas ramas y hojas se pulverizan al simple contacto de la ropa. A la izquierda, un gran anfiteatro, dividido en tres secciones. En las de los costados, urnas de madera, sobre las que se encuentran restos de trajes chillones, que traslucen los años, platos artísticamente modelados, utensilios de piedra, los más raros objetos de alfarería y una variedad enorme de insignificantes chucherías, tan diversas y asombrosas, que dan la sensación de hallarse en un museo en que preconcebidamente los objetos se han colocado en el más absurdo desorden.

En la sección central, las urnas son menos numerosas. Se sube una escalera, toda revestida de conchillas, que dan la impresión de ser escamas de oro y se llega a un estrado, una gran plataforma de piedra, en la que está emplazado un sillón, también revestido de conchillas, del que cuelgan algo así como collares, compuestos por piedrecillas, brillantes como rubíes.

A la derecha del anfiteatro, una puertecilla, cubierta por una gruesa cortina de hiedra, que la hace casi invisible. Las trepadoras caen hasta el suelo, y se arraigan en ciertos sitios con el mismo piso. Tucapel separa las hiedras y penetra seguido por Dick, Joe y el pequeño Jack, a una sala de forma romboidal, en cuyo centro se distingue una enorme figura de piedra, que simboliza al Dios Sol. Tiene los brazos extendidos a la altura del pecho, como en señal de súplica y sobre éstos descansa un cofre, de gran tamaño, cincelado en forma incomprensible, y totalmente cubierto por figuras diminutas y jeroglíficos.

Tucapel, que se había arrodillado de nuevo a la entrada del salón, pronuncia frases que dan la impresión de un aullido o un gemir lastimoso. Luego se llega hasta el sitio en donde se encuentra el cofre, y levantando la tapa, exclama presa de la más honda desesperación:

—Lonco-Luán va a sepultar el tesoro de mis antepasados en el precipicio de las Almas. Corramos, corramos, hay que salvar al hijo Tucapel, mi Cabecita de Guanaco.

Volvieron otra vez al salón, y subiendo las gradas del anfiteatro, el viejo cacique hizo girar el sillón de piedra. Una abertura, dejó espacio suficiente para el paso de un hombre y por ella penetró el indio. Los tres hombres y el niño lo seguían como autómatas.

Llegaron, después de mucho andar por un pasadizo tan angosto, que casi debían los hombres caminar hincados, hasta una playa, que cerraba un macizo de piedra. Delante de éste, un vacío apenas perceptible, indicaba el precipicio de las Almas. La fuerte luz no permitía ver bien las cosas y los objetos, pero al acostumbrarse a la misma, los hombres vieron arrastrarse como a cincuenta metros de ellos, una figura, que alzaba un cofre enorme. Ya casi se encontraba al borde del abismo.

—¡Lonco-Luán, mi hijo, mi Dios! — dice el viejo cacique. — ¿Qué piensas hacer, hijo mío?... ¡Mi Cabeza de Guanaco!

—¡Padre, padre! ¡El tesoro de los Césares, no puede ser de ningún cristiano! ¡Yo lo he de entregar intacto a mis antepasados! Lo he de llevar a Culunantú y a Curiñancú, que me están esperando.

Se golpeó la boca, en un alarido, horrible, estridente, y empujando el cofre, se lanzó tras él al espacio.

IV

TUCAPEL

DEBE SEGUIR A LONCO-LUAN

¡POBRE indio viejo! ¡Has conseguido rescatar a Jack, el pequeño, pero has perdido a tu pequeño Lonco-Luán! Creías encontrar la salvación haciéndote cristiano y tu hijo, lo que más amabas en la tierra, se ha ido a reunir con tus antepesados, para entregarle la custodia que ellos dejaran a su descendencia. ¡Pobre Tucapel! Eras el último cacique, tenías el secreto de la Ciudad de los Césares, habías vivido tus cien años de felicidad y la vida en su último transcurso, te ha enseñado la inutilidad del esfuerzo. ¿Qué harás ahora, viejo descendiente de Tupac-Amarú, de Indac-Cuán y de Koyantay?

Se recoge en sí mismo Tucapel. Dice una oración india, la oración que le enseñaran cuando niño sus nodrizas. Recuerda; entonces no había dominación española ni hombres blancos y se podía correr libremente por las sierras y por los llanos, montando el potro bravío y haciendo llegar hasta el mismo sol, las bolas de piedra y las flechas lacerantes, como lo imposible.

Tucapel ha tomado una decisión; se levanta y dice a sus protegidos:

—Indio viejo, debe seguir el hijo Lonco-Luán, su Cabecita de Guanaco. Adiós, vayan ustedes que yo debo quedar aquí para siempre. Mis dioses y mis antepasados me han perdonado mi debilidad.

Es decisivo el gesto del cacique. Su rostro ha tomado la misma expresión que las rocas que le sirven de escenario. Joe Mc Lean, Jimmy el Peliencendido, Dick Mc Kenna y el pequeño Jack, lo miran, admirados de la grandeza de ese hijo de las selvas y de las llanuras. El indio extiende la mano y señalando el camino ya andado, ordena:

—Hay que irse. Tucapel debe seguir al hijo. El Tesoro de la Ciudad de los Césares ha desaparecido y desaparecerá también la Ciudad.

Los hombres y el niño, como movidos por una fuerza superior, bajan la cabeza y se encaminan lentamente hacia el pasadizo.

. . . .

Una detonación horrible. Parece que el lago quisiera subir hasta el cielo. La tierra se abre, en infinidad de lugares, y las aguas inmeditamente cubren las quebradas. Un humo penetrante llena por un momento el espacio, y poco a poco se disipa. Hay rumores subterráneos, penetrantes, que se van apagando...

Tucapel ha cumplido la promesa hecha a sus antepasados. La Ciudad de los Césares, no será ya otra vez visitada por mirada alguna. Del otro lado del lago, tres hombres y un niño se descubren respetuosamente y echan de nuevo a andar presurosos y llenos de angustia.

V

EL AMOR

ES EL MEJOR TESORO

ELEONOR, la madre del pequeño Jack está alegre. Jimmy también. Dick Mc Kenna, acostumbrado a la azarosa vida del aventurero, piensa de nuevo en vivir emociones, cualquiera sea la parte de la tierra que se las depare. Sólo Joe Mc Lean deja traslucir cierta nerviosidad. ¿Por qué se halla tan embargado por sus propios pensamientos el ex sargento de la Policía Montada? Sus ojos van y vienen hacia la pieza vecina, en que una voz juvenil entona esta canción:

El amor me llama
vidalay
con ruegos fervientes.
Quiero que me quieras
vidalay
pero eternamente.

Llegan a caballo "El Guapo", Contreras, Mr. William Davisson, Mr. Duvernois y la hermosa Ethel. El asunto ha ido muy bien. Charles el Aristócrata, apremiado por Mr. Davisson y por el comisario de Zapala, ha confesado por último a éste ser el asesino de Conrad Weis. El hecho había sucedido, tal como lo presumiera Mr. Davisson. Se habían iniciado los trámites tendientes a conseguir la extradición del asesino, de Gordon Burke y de Jamesson. Al segundo se le acusaba de haber vendido a una potencia extranjera importantes documentos de Estado y Sing-Sing lo esperaba, sin duda, con suma alegría.

El ex sargento de la Policía Montada, Joe Mc Lean, sigue nervioso, pero ahora ha adoptado una resolución definitiva. Se acerca a "El Guapo" y le llama aparte.

—Amigo "El Guapo" — le dice, todo dominado por los nervios. —Quiero a Aluminé y ella me quiere a mí. ¿Permitiría usted que nos casemos?

"El Guapo" se aparta un poco y le mira de arriba a abajo, luego se acerca y le estrecha fuertemente entre sus brazos.

—Si ella te quiere, hijo, que se haga su voluntad. No hay mayor tesoro que el amor. Has perdido el de la Ciudad de los Césares, pero has conseguido el del pueblo de Ñorquín — dice.

¿Por dónde ha aparecido Aluminé? Se estrecha contra su padre y contra Joe y no habla, por cuanto la felicidad es enemiga de las palabras.

VI

PATAGONIA

TIERRA DE PROMISION

YA están otra vez nuestros amigos en Ñorqín. El flamante matrimonio se ha instalado en la casa del comisario. Dick Mc. Kenna titubea entre quedarse en la Argentina o volver a su patria. Una fuerte empresa norteamericana le ha hecho proposiciones para trabajar en Comodoro Rivadavia, y el muchacho no sabe qué partido tomar.

En cuanto a Duvernois y su esposa, conjuntamente con Mr. Davisson, se están alistando para marchar hacia Buenos Aires, de donde tomarán el vapor para su país.

Jack se ha acostumbrado tanto a la Argentina, que pide a sus padres que se queden. También Eleonor guarda gratitud hacia la tierra, que se le muestra tan pródiga y amiga. "El Guapo" les ha ofrecido un campito, unas ovejas y la ocasión de hacer fortuna.

—Me han manifestado, hoy por teléfono, que de un momento a otro se acordará el pedido de extradición de Charles el Aristócrata y de Burke — dice Mr. Davisson. — Creo que mañana mismo me marcharé de aquí.

Dick Mc. Kenna ha decidido aceptar la oferta de la empresa norteamericana y lo dice en alta voz:

—Yo me quedo. Esta tierra es amiga y rica. Espero hacer fortuna y puede ser que un día vuelva allá.

Jimmy y Eleonor se acercan al grupo. Hay una mirada de inteligencia en los ojos de ambos. Jimmy se acerca a "El Guapo":



"Con una mujer así, yo también me hubiera quedado en la Argentina".

—"Guapo", acepto su proposición. Yo también me quedo en esta tierra.

VII

GOLD SIDNEY

OFICINA 727

UNOS golpes en la puerta, donde se puede ver la conocida leyenda "Mr. Hudson", y una voz varonil, que formula un "¿se puede?".

Entra un hombre, bien arropado en un saco de pieles. Cerca del mostrador, una figura rara, con unos enormes lentes de carey que le cabalgan sobre la torva nariz, sigue con un lápiz un índice imaginario, en una hoja de papel, toda llena de garabatos.

El personaje mezcla de pájaro y de lince, alza los ojos y no puede contener una exclamación de sorpresa. Delante de él, se halla Mr. Henry Duvernois, su viejo amigo.

—¡Hola, Duvernois! ¿Qué te trae por aquí?

—Vengo a despedirme, Mr. Davisson. Me voy a la Argentina. He sido contratado, para ponerme al frente de una importante joyería de Buenos Aires y me marcho dentro de dos días, con mi esposa.

—¿Va a buscar algún tesoro escondido?

—No, Mr. Davisson. Yo después de aquel asunto, ya he dejado de buscar emociones y tesoros. Voy a trabajar y a rehacer mi vida.

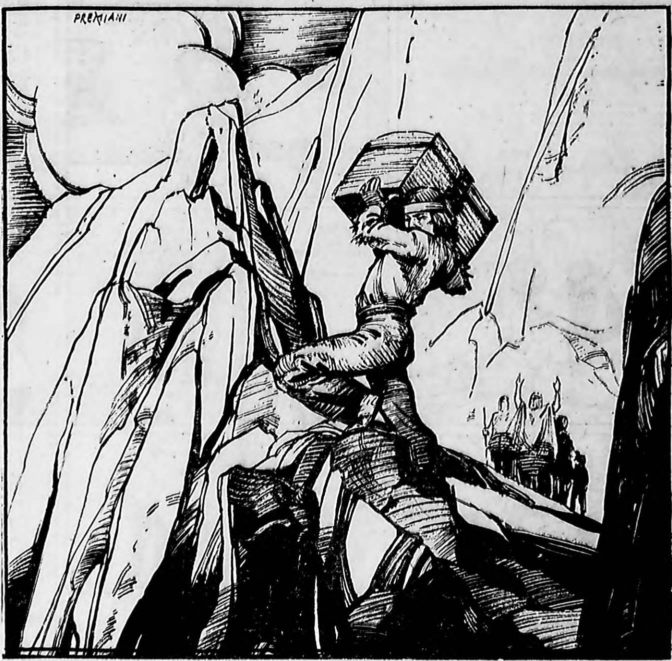
Los dos hombres se estrechan en un fuerte abrazo, que se prolonga por breve tiempo. Luego, Mr. Davisson, como si se acordara de algo importante, enarca las cejas, diciéndo:

—Si ve a mis amigos, Joe y Dick, déles abrazos de mi parte. Igual cosa al comisario y a Jimmy el Peliencendido. Este muchacho debe haber hecho fortuna.

Los dos hombres ríen fuertemente, acordándose de la vieja aventura. Luego, Mr. Davisson, con su gesto peculiar, se asegura los gruesos lentes y exclama:

—Y sobre todo, muchos saludos a la hermosa Aluminé Mc Lean. ¡Qué gran mujer! Créame, Mr. Duvernois, yo también, de haber encontrado una mujer así, me hubiera quedado, como Joe, por siempre en la Argentina.

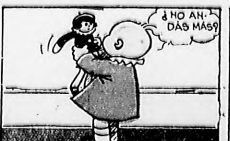
Fín



LONCO LUAN VA A TIRAR EL TESORO AL ABISMO



































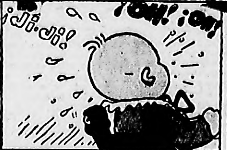














LEA en el Magazine
Próximo Una Nueva
Historieta de Ranita
y su Barra

















Volando con un Rey Africano

por WALTER MITTELHOLZER



EN DICIEMBRE pasado, el aviador suizo Walter Mittelhoser, emprendió un vuelo a través del Africa

EN diciembre pasado el aviador suizo Walter Mittelholzer emprendió un vuelo a través del Africa. Después de cruzar el Sahara de norte a sur y de haber reconocido la angosta bahía de Niger, descendió en Kano, capital de Nigeria, que tiene una población de 50.000 habitantes. El Emir de Kano, poderoso potentado africano, que está rodeado de una suntuosa corte y que sostiene un harem con más de cien mujeres, expresó su deseo de volar sobre la ciudad en el "gran pájaro". Lo que sigue es una relación de ese vuelo.

Al Amanecer

El 29 de diciembre, al alba, a poco de amanecer, la escolta del Emir llegó a nuestro campo de vuelo. Desgraciadamente, el "harmattan" — viento frío que arrastra las arenas del Sahara — no había cesado de soplar, haciendo que el tiempo fuese poco favorable para un bautizo aéreo. Esto, en realidad, no era un gran inconveniente para nuestros huéspedes morenos, que están acostumbrados a él.

A las ocho y media las fanfarrias y trompetas nos anunciaron la llegada del automóvil real, todo pintado de rojo, que se detuvo a unas 50 yardas de nuestro trimotor. El jefe de los Visires, abriendo la puerta del coche, entregó al Emir un hermoso cetro de oro, que salió de su lujosísimo Rolls-Royce con consumada dignidad envuelto en su larga capa de rica seda. Sus súbditos se postraron en tierra hasta que el suelo tocó sus cabezas. El Emir de Katsena salió de un segundo automóvil, pues estaba visitando a su poderoso colega y se había empeñado también, en acompañarnos en nuestro vuelo. Al mismo tiempo descendió de otros coches el resto del cortejo real. Una docena de dignatarios regiamente vestidos que rodearon a dos princesas, que con paso mesurado se dirigieron a nuestro aeroplano. El Emir de Kano se hizo poner un hermoso par de chinelas de seda y terciopelo, regiamente decoradas. La pequeña pero confortable cabina de nuestro Fokker, lo impresionó en forma muy favorable.

Hijos de la Naturaleza

Desde mi asiento delantero, contemplé a mis espaldas el más pintoresco cuadro. Seis realezas negras, en medio de las cuales, había dos Reyes, jamás habían sido vistas en medio de mis pasajeros. Yo no pude sorprender en sus facciones ninguna muestra de emoción; por sus caras jamás se podrá saber qué es lo que piensan y sus ojos de fanáticos nada revelan. Estoy seguro que ninguno de nuestros complacientes y cultos europeos hubiera volado en un día como aquél, pues muy a menudo dudan mucho antes de aventurarse en el aire con un tiempo en inmejorables condiciones y en máquinas perfectamente revisadas. ¿Qué impresión habrá hecho en estos hijos de la Naturaleza nuestra casa volante, lo más grande de estos tiempos mecánicos? Sus caras nada me revelaron. Tienen sobre sus nervios el más perfecto control y cuando en el vuelo hacíamos descensos bruscos, seguían impasibles, pués para todo tienen el "Allah lo quiere".

Saludan al Dueño

Durante mi corto vuelo, 15 minutos solamente, llevé a mis reales pasajeros por encima de la extensa ciudad y ascendimos a 1500 pies; entonces, por expreso deseo del Emir, descendimos hasta llegar a pocas yardas del palacio, en el que numerosos grupos de eunucos y mujeres lo saludaron. Todos los negocios de la ciudad se realizan en el mercado y pude ver que a nuestro paso por encima de él, cientos de cabezas tocaban el suelo, saludando a su dueño terrenal y espiritual que por primera vez veían en el cielo.

Un fuerte viento del norte hizo mover fuertemente nuestra máquina y una sola mirada me bastó para convencerme que nadie se había descompuesto. La princesa negra contemplaba su ciudad con una enorme atención y con los ojos brillantes; seguramente le parecía diferente a la que siempre había visto. Solamente después de ver una ciudad a vuelo de pájaro, se puede tener una idea real de su extensión y de su arquitectura.

Agradecimiento

Cuando aterrizamos, el jefe de los Visires entregó a los príncipes sus mantos reales, que se habían quitado para mayor comodidad; dejándome por toda compañía un agradabilísimo perfume, se dirigieron a sus automóviles en medio de una nube de polvo. Entonces recibí los agradecimientos del Emir de Katsena, quien tomó mi mano derecha y la estrechó entre las suyas.

Se oyó solo el ruido de los automóviles y el cortejo desapareció en medio de nubes de arena, como en los cuentos de las Mil y una noches.

LA PRINCESA NEGRA contemplaba desde el avión su ciudad con una curiosidad particular

El León del Domador Fil

AVENTURA, por JUAN TOPSY



EL SEÑOR FIL hizo de sus dos hijos un domador y un acróbata

PROBABLEMENTE ustedes jamás han conocido la "ménagerie" del domador Fil. Quizás porque ella forma parte de los recuerdos de mi lejana juventud y también porque jamás alcanzó alguna notoriedad.

Es necesario convenir que la "ménagerie" Fil no ofrecía interés nada más que a los habitués y a los íntimos, entre los que yo me encontraba.

El señor Fil, en efecto, me honró con su amistad, y si yo me permito ahora divulgar algunos detalles íntimos de su carrera, es porque hace ya tiempo tengo la certeza de que ha muerto y, desgraciadamente, de vejez.

El señor Fil, antiguo almacenero al detalle, sacó a sus hijos del comercio de novedades para hacer del mayor un domador y del menor un acróbata.

La señora Fil recosía los trajes de mallas y en sus momentos desocupados no rehusaba hacer un nuevo volante.

El domador y sus discípulos

Lo cierto es que las exhibiciones del menor de los hijos de Fil no tenían tanta originalidad como los espectáculos presentados por el mayor y sus animales. Este presentaba un cordero con cinco pies y un león.

Repito que yo estuve muy ligado a los hijos de Fil, y que el padre me recibía siempre con una encantadora afección.

Yo puedo decir, entonces, con conocimiento de causa, que jamás han existido animales favoritos más felices y más contentos que las bestias feroces de la "ménagerie" Fil.

El león se llamaba Hipólito, era mansísimo y muy reumático. Su sitio estaba debajo de la cama de su dueño y gozaba de todos los miramientos de su larga edad. Se le daba la sopa en un gran tazón y era la cosa más graciosa verlo dar vueltas alrededor de la mesa de la familia.

En cuanto al cordero Amílcar, tan pronto como terminaba la representación se levantaba la quinta pata, que lo molestaba enormemente al caminar, y podía libremente recorrer las barracas de la feria, recogiendo caramelos y caricias.

Sin embargo, jamás he visto cordero más triste, más desgraciado, más lamentable que el pobre Amílcar.

Amílcar no me hizo ninguna confidencia, y estoy seguro que no le inspiré una gran simpatía. Pero, a fuerza de observarlo, terminé por persuadirme que la melancolía de este animal era debida a una pena devoradora: Amílcar envidiaba a Hipólito, era evidente.

Tristezas de la vida en común...

Después de todo, a la pobre bestia no le faltaban razones. El ser cordero representa ya una situación demasiado humillante cuando se vive en la intimidad de un león; ahora, si a ésto se añade el ser cordero y con cinco patas, es simplemente intolerable.

Personalmente, siempre comprendí que a Amílcar no le faltaba el amor propio y que sufría por esta circunstancia.

Por ese entonces él no manifestaba su mal humor y habría continuado llorando en silencio si un acontecimiento imprevisto no hubiera venido a modificar la situación.

Una tarde que, delante de un teatro repleto, Amílcar acababa de hacer su número habitual, uno de los hijos de Fil entró en la pista cuidando de no llamar la atención y habló a su padre al oído, haciendo éste signos evidentes de desesperación.

Hipólito, en el momento de entrar a escena, había muerto de una vieja enfermedad al corazón.

El cordero convertido en león

¡Qué gran desgracia! El león había sido ya anunciado y el público lo reclamaba con impaciencia. ¿Qué hacer? Se iba a anunciar que la representación había terminado cuando la señora Fil, que por nada se abatía, hizo que su hijo menor, el acróbata, hiciera algunas pruebas caminando sobre las manos, mientras ella tomaba a Amílcar, lo peinaba, rizaba, pintaba y, por último, lo transformaba en un pequeño leoncito.

Amílcar estaba feliz; entró en la pista bailando y balanceándose, ensayó un rugido y obtuvo un gran éxito. Y demostró, si bien a la altura de sus antecedentes, que podía ser un excelente cachorro de león y que era necesario buscar otro cordero de cinco patas.

Amílcar entonces hizo el papel de león durante mucho tiempo y siempre demostrando mayor talento. Creo que a mí mismo me contaron que una vez se devoró a un espectador, pero de esto, ustedes comprenden, no estoy muy seguro.



EL LEON se llamaba Hipólito, y era reumático; el cordero, Amílcar, y tenía cinco patas, lo que le molestaba

☆ ★ ☆ ★ ☆ ★ ☆ ★ ☆ ★ ☆ ★ ☆

Hamurabi, el Legislador

Una de las mayores glorias de Hamurabi fué el haber sido excelente legislador, y su código es tenido por algunos como el más anti-



El código más antiguo

guo del mundo. Todavía se conserva el trozo de una columna donde inscribió las leyes. Su retrato, que puede verse en la parte superior de la columna, representa a un hombre de luenga barba, recibiendo las leyes del dios sol. Hizo construir muchas copias de esta columna y erigirlas en diferentes partes de sus dominios, para que sus súbditos las conocieran y supiesen cuáles eran sus derechos y obligaciones.

Algunas losetas de forma circular tienen inscripciones referentes a medidas de campos y heredades, y nos dan clara idea del esmero con que se cultivaba la tierra. Los límites de las posesiones particulares eran muy difíciles de conservar intactos en un país donde a pesar de los trabajos hechos para oponer diques al desbordamiento de los ríos, ocurrían frecuentes inundaciones; así se explica el gran número de mojones encontrados en todas las fechas, con inscripciones de escritura ideográfica cuneiforme.

Otras losetas, de forma cuadrada, hacen referencia a los jornales de los braceros del campo (niños, hombres y mujeres) y a la exacción de tributos de todo género, a los préstamos y pagos, y a la compra y venta de fincas, esclavos y otras cosas.

PARIS BAJO LOS GASES

Relato Fantástico de un Hombre que Vivió en 1932

UN mes hacía que los peores rumores circulaban. Habían sido llamadas varias clases, y las tropas estaban concentradas en las fronteras del Este y de los Alpes. Se había puesto en vigor todo un sistema preventivo contra los bombardeos aéreos. Esto llegó a infundir cierto ánimo a la población.

Aquella noche el cielo aparecía tachonado de estrellas. El día había sido caluroso y la gente tomaba el aire en las terrazas de los cafés y en los paseos públicos. Las noticias alarmantes comenzaban a ser olvidadas o relegadas a un casi olvido. Las mujeres parecían más tentadoras y las dulzuras de la vida, malgrado algunos escritos pesimistas, retornaban al espíritu de los parisienses.

Gritos lúgubres

Regresé a mi hogar, y, a poco de entrar en el lecho, quedé profundamente dormido.

No llevaría una hora reposando, cuando fuí despertado por unos estampidos lejanos. ¿Bombardeo? ¿Ataque de aviones?

Un segundo estampido me trajo a la realidad. Esta vez algo había estallado muy cerca. Ruido de cristales. Voces. Gritos desesperados, y, luego, lúgubres, persistentes, las sirenas de alarma.

Salté a la ventana. Un murmullo inconfundible parecía llegar desde lo alto. Dos, tres, cuatro tajos de luz lechosa, recorrían el cielo y se perdían en el horizonte. Buscaron por espacio de algunos minutos; luego, juntamente, como garras, enmarcaron una escuadrilla de aviones que avanzaba.

¡El gas!

Los estallidos aumentaron. El cielo tornóse más luminoso, a la vez que se hacía casi imperceptible el destello de los grandes faros. Comencé a percibir, claro, indistinto, el repiqueteo de los 75. Todo el mundo estaba en las ventanas y los balcones. Una mujer enloquecida corría por la calle; pero, en aquel instante, fueron apagadas las luces eléctricas, y se perdió en las sombras. Las iglesias echaban las campanas a vuelo. Pasaron patrullas de policía en bicicleta, ordenando, pidiendo a gritos, que fueran extinguidas todas las luces.

Al sótano

Me vestí a toda prisa, y, a ciegas, decidí salir a la calle. En cuanto abrí la puerta, un grito perforó mis oídos:

—¡El gas!

Vuelvo por mi máscara. Me la pongo a medias, dejando aún el rostro en descubierto. El portero, en camisón, pedía a todos los inquilinos que bajaran al sótano.

—¡Al sótano! ¡Al sótano! — gritaba casi implorando.

—Morirán todos aplastados si allí se meten — le dije.

Entonces me cerró la puerta de calle en las espaldas, gritándome:

—¡Derrotista!

Vida peligrosa

Recordé claramente todos los consejos que se nos habían dado hacía ya quince años. Caminar lentamente, respirar con regularidad... Comenzaba la vida peligrosa... Lo principal era llegar hasta el garage y retirar mi coche. Una vez que lo tuviera...

Pero, ya en la vereda, me percaté de que, en aquella noche terrible, era el único ser humano que caminaba tranquilamente. Todo era prisa y atropellamiento en torno. Otra patrulla policial gritaba:

—¡Arriba! ¡A los pisos altos!

Avanzó

Cierto olor inconfundible me hizo colocar definitivamente la máscara. Eché a andar casi automáticamente, sin hablar y sin escuchar nada, en medio de la bruma formada por la mica de la máscara y la niebla que comenzaba a caer sobre las calles. Los autos pasaban a toda velocidad. Tres choques conté en una sola cuadra. La gente gesticulaba, anhelante, ahogándose. La niebla se espesaba cada vez más. Hombres y mujeres caían por el suelo retorciéndose, las manos en los rostros y en las gargantas. Los pechos aparecían al descubierto en un afán de recoger un poco de aire respirable...

Explosiones

Llegué al garage. Saqué mi coche y, herméticamente cerradas las ventanas, sin desprenderme de la máscara, eché a andar hacia donde corrían todos los otros. Las calles parecían desiertas. Todas las casas a oscuras. En algunas esquinas, grupos de agentes provistos de las máscaras.

Las explosiones se hacían cada vez más próximas. Comencé a avanzar con lentitud, pues la oscuridad era cada vez mayor. Tropecé con algunos obstáculos que no pude precisar si eran cuerpos muertos... Mis faros no alcanzaban a iluminar el camino. Los choques de vehículos eran incontables. En las puertas del "Metro" se amontonaban los cadáveres.

Traspuestos los bulevares, alcancé a ver unos ladrones que violentaban las puertas de un negocio. Tiros, gritos y sombras que corriendo se perdían en la noche impenetrable.

El espectáculo del cielo aterraba. Las bombas caían con regularidad matemática. Los reflectores lo barrían de un extremo a otro. Una lluvia de acero caía sobre las calles.

Al pasar por los mercados tropecé con los animales de los carros que, sueltos y enloquecidos, corrían de un lado a otro. En todos los lugares, sombras amontonadas, sin que se pudiera decir si tenían vida aún.

Bombas

El gas mortífero era más pesado. A la altura de un pie del suelo era de un color verde acentuado. Un poco más arriba se tornaba amarillento. El estallido de las bombas lo desparramaba a más de cien metros por el aire. Luego caía lentamente. La vida parecía haber huído de los primeros pisos de todas las casas. Las gentes, en los altos y en las azoteas, tosían y se lamentaban, pero no perecían como las que, al nivel de la calzada, habían sido sorprendidas sin las máscaras.

Obuses en la torre Eiffel

La torre Eiffel, que era un racimo humano, fué alcanzada por cinco obuses consecutivos. Voló por los aires. Sembró miles de incendios y derrumbamientos. La catástrofe, contemplada desde lejos, enloquecía a las infelices gentes que aún quedaban con vida.

En el breve término de dos horas la capital de Francia quedó reducida a escombros. Sólo se salvaron unos millares de habitantes, los únicos que, más por curiosidad que por espíritu de precaución, conservaron las viejas máscaras usadas en aquella guerra del año 1914, prólogo anunciador de esta otra que ha terminado con la civilización.

Mariposas que no Vuelan

Al formarse la crisálida, cae al suelo, y allí alcanza su cabal desenvolvimiento. Ahora bien: no pudiendo volar, la hembra se encuen-



Al formarse la crisálida, cae al suelo

tra obligada a trepar hasta la parte superior de los árboles, deslizándose por el tronco. Conociendo esta circunstancia, los horticultores fijan alrededor de aquéllos unas fajas de papel especial, cubierto de liga u otra materia pegajosa, en donde queda prendida la mariposa que intentó trepar, evitando así las puestas de huevos de donde hubieran nacido las orugas destructoras.

Algunas mariposas se refugian en sus escondrijos antes que el tiempo refresque, y de este modo pasan el invierno dormitando, para ser despertadas con los primeros calores. He aquí por qué se ven a veces mariposas volando en invierno. También puede suceder que se presenten varios días de calor prematuro, que las haga salir de su crisálida, y el frío las sorprende en estado de mariposa. Pero en su mayor parte no aparecen hasta el buen tiempo, para sumar su belleza a la que ofrecen los campos en flor.

☆ ☆ ☆

La Respuesta de un Ladrón

ALGUIEN dijo a un ladrón que trataba de disculparse con mucha palabrería:

—¿Qué quiere? Usted, que no puede volver más a su patria, debería de darse por satisfecho de que lo toleremos en este país.

—Vea, señor, — contestó el hombre—. En mi patria me quieren tanto que, si hubiera vuelto allí, estoy seguro que no me dejarían salir más.

Encuentre las Cuatro Cabezas Ocultas



ESTE ENORME OSO, que parece querer subir al árbol, está buscando a sus amigos: dos osos, un pájaro y un gato. Busca, lector, en el dibujo, y encontrarás sus cabezas

☆ ☆ ☆ ☆ ☆ ☆ ☆

El Marinero Agradecido

DURANTE la batalla naval de Trafalgar, mientras los proyectiles silbaban entre los mástiles, uno de los marineros se rascó la cabeza. Acto seguido apretó entre el pulgar y el índice a un parásito y, sacándolo a lo largo del pelo, lo arrojó a la cubierta. Luego se inclinó con la intención de matarlo.

En aquel preciso momento una bala de cañón enemigo pasó por encima de la espalda del marinero, yendo a caer en el mar, sin haberle causado el menor daño.

Una infinita gratitud hacia el animalito invadió el alma del hombre, convencido de que, si no se hubiera inclinado, el proyectil le hubiera dado muerte inminente. Movido por aquel sentimiento, el marinero levantó al parásito del suelo y volvió a colocarlo en su cabeza, diciendo:

—Te devuelvo la libertad por haberme salvado la vida. Pero te aconsejo que no te dejes atrapar por segunda vez, pues en tal caso no te podría reconocer.

En el Magazine próximo se publicarán narraciones, las más amenas de aventuras y heroicidades.

AQUI HAY SIETE ERRORES

EN ESTE GRABADO, nuestro dibujante ha cometido, intencionalmente, siete errores. ¿Puede encontrarlos? ¡Búsquelos!